

EL GRAN JAGUAR

Memoria precolombina y anuncio de devastación. (1)

Vendrán de más allá del horizonte, procedentes de Mulkuaba, país al otro lado del mar, en enormes navíos de muchas velas; y ya ante nuestras costas, bajarán de ellos al son de trompetas y tambores, con vestidos y armas relumbrantes (...), algunos serán monstruos veloces de cuatro patas... (...), su brazo tronará, despedirá fuego, y nuestros pueblos y ciudades serán incendiados; y arrasados los campos de cultivos; y derribados los bosques; y perseguidos y exterminados los animales; y secados los arroyos... y muchos, muchos de los Hermanos Mayores de las tres vertientes de la Sierra Nevada, perecerán en una guerra larga y cruel como ninguna otra. (p. 226)

1

El País Blanco

Un nuevo juglar recrea el clima del pensamiento y del espacio primitivo. Finalizando el siglo veinte y en la plenitud del racionalismo y del espíritu moderno o posmoderno arraigado en las ciudades, aparece una novela interesada más que en la innovación o la experimentación formal y temática, en la visión del mundo urbano, o en la reflexión analítica de la historia occidental y la transculturación en América, *El Gran Jaguar* se preocupa por comprender la vida y la cultura precolombina en una región específica de Colombia, a partir del conocimiento que se tiene de ésta, en la supervivencia de mitos, rituales, creencias, costumbres, hombres y paisaje de tribus tairona y caribe. Es esta una novela situada antes de la llegada de los conquistadores, “desarrollada en un período real, más o menos alrededor de la centuria catorce de la era cristiana, o sea antes de la conquista española”, según afirma Eduardo Pachón Padilla en la contracarátula. Si bien, avanzado el presente siglo, algunos novelistas (Asturias, Roa Bastos, Arguedas), se preocuparon por expresar la identidad latinoamericana desde la presencia de elementos indígenas profundamente relacionados a la sabiduría mítica y mostraron su fusión con el espíritu español y el relativismo histórico, para resaltar el mestizaje cultural y explicar lo real-maravilloso americano, Bernardo Valderrama retrocede en el tiempo y se dirige a la exploración del mundo primigenio, como diría el narrador de *Los Funerales de la Mamá Grande*, para contar “la verídica historia”, “antes de que tengan tiempo de llegar los historiadores” (2).

1. La novela *El Gran Jaguar*, de Bernardo Valderrama Andrade, fue ganadora del séptimo Premio Nacional de Novela Plaza y Janés en 1991.

2. García Márquez, Gabriel. *Los funerales de la Mamá Grande*. En compilación del mismo título. Buenos Aires: Editorial Suramericana, 1967. P. 127.

El juglar reproduce y da vida a la cultura primigenia, logrando que el lector, como espectador de gestas y hazañas heroicas, se sumerja en un pasado desconocido, en el corazón de la historia sagrada y viva con los héroes míticos y legendarios, con los sacerdotes y las sacerdotisas, con los guerreros y sus mujeres, en el reino donde la naturaleza, el paisaje y los habitantes son parte integral del cosmos. El carácter de verosimilitud expresado en la novela convence al lector, haciéndolo vivir en los tiempos felices de la epopeya.

El fragmento anteriormente citado cierra la aventura épica, para vaticinar el ingreso en los tiempos de la historia, a causa de la destrucción del mundo sagrado. El mundo sagrado es el del mito y la creencia; el de los valores jerárquicos; el del universo habitado por figuras que pueden leer en las estrellas, como en un oráculo, los tiempos que vendrán. Sólo el Gran sacerdote conoce la forma de descifrar el movimiento de los astros que revelan el desarrollo y los acontecimientos de la cultura. Naoma-Kavi lee el firmamento y el espectáculo de "un ejército de estrellas que marchan por la mitad de la Avenida de la Luz" (p. 226), anuncia persecución y destrucción. Nuevos hombres rubios amenazan el futuro de las gentes de la Montaña Blanca:



con pasos atropellados por la angustia, Naoma-Kavi va de un lado a otro de la plazoleta, los brazos en alto señalan constelaciones, el rostro pálido, desencajado: ¡No puede ser! (p. 226)

Un tropel que viene del otro lado del mar trae la conquista del territorio. La presencia de este acontecimiento histórico ha tenido diversas manifestaciones en la narrativa hispanoamericana, asociándose al proceso de transculturación, a la violación de la tierra madre y de la mujer (mito de la chingada), a la experiencia del asombro recíproco del conquistador y del conquistado, convirtiéndose en uno de los temas de la identidad que ha suscitado interpretaciones de aceptación, resignación, o rechazo. Bastaría recordar los planteamientos de algunos mejicanos como Juan Rulfo, Octavio Paz en su célebre ensayo *El laberinto de la soledad*, a José Luis Martínez, así como al guatemalteco Miguel Ángel Asturias, al cubano Alejo Carpentier y a los colombianos Gabriel García Márquez y Germán Espinosa. En *El Otoño del Patriarca* (1975), el narrador muestra cómo el personaje central y estructurante, ve, desde la ventana que mira al mar, la llegada de tres carabelas, "fondeadas en el mar tenebroso" (p. 46). Las carabelas están yuxtapuestas en el relato y crean una imagen metafórica de la conquista, como ingreso de una cultura que trajo cambio, transformación y desarraigo, apego y desapego. Mestizaje, nacimiento y muerte. Las primeras tres carabelas señalan el paso de una edad a otra: entrar a la historia y a la cultura occidental, poniendo fin a milenios de una civilización diferente. Dice el narrador, como una voz memoriosa:

habían llegado unos forasteros que parloteaban lengua ladina (...) vestidos como la sota de bastos a pesar del calor, que ellos dicen la calor como los contrabandistas holandeses (...) y nos cambiaban todo, lo que teníamos (...) pero la vaina fue que entre cámbieme esto por aquello y le cambio esto otro se formó un cambalache de la puta madre. (3)

Por su parte, Germán Espinosa, en *Los cortejos del diablo* (1970) y en *La tejedora de coronas* (1982), elabora la experiencia de la conquista en las consecuencias de una etapa posterior, la colonia, donde el pensamiento y el comportamiento de los españoles es vivido en las formas de la cultura barroca o hidalga, en los principios religiosos del dogma y las jerarquías cristianas propias de la Inquisición, con todas las figuras normativas sociales. La cultura aborígen pre-americana, conserva algunas manifestaciones míticas y legendarias, con relaciones mágicas y supersticiosas, a través de personajes, cuyas formas secretas de vida se realizan en la oscuridad. Así, por ejem-

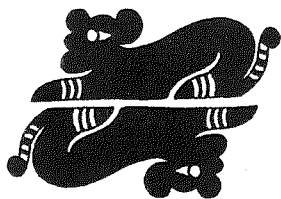
3. García Márquez, Gabriel. *El Otoño del Patriarca*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1975. pp. 44-45.



plo, podrían citarse a Buziraco o a la bruja de Antero conviviendo con el inquisidor Juan de Mañozga, o con el pensamiento de la Ilustración europea. El peso de la cultura española se superpone a los valores autóctonos, hasta crear el mestizaje racial y cultural. Así dice Genoveva Alcocer:

en nuestra América Española, el colonizador había llegado a mezclarse con el aborigen, para dar nacimiento a la raza mestiza que, en el futuro, unificaría seguramente los ideales de ambas vertientes.
(4)

Bernardo Valderrama propone una visión anterior a la conquista, cuando el mundo aborigen no había sido tocado por las formas de la civilización occidental. El estado precolombiano cobra vigencia como visión de mundo, de lenguaje y de cultura. Se trata de contar "la verídica historia". La historia de los comienzos. Valderrama actualiza el pasado y se erige en testigo de éste. Evoca la experiencia primitiva, anterior a la conciencia histórica. Arranca del conocimiento antropológico de la región y del conocimiento intuitivo de la cultura, y lo visualiza con la voz de un juglar que regresa al tiempo primordial para revitalizarlo, al ponerlo en acción y contar desde la hazaña guerrera, la aventura amorosa, los rituales sagrados, la vida cotidiana, hasta las angustiosas premoniciones que revelan los astros. El narrador penetra en lo más profundo del cosmos. Entra y sale de los personajes, recorre experiencias individuales y colectivas y conduce al

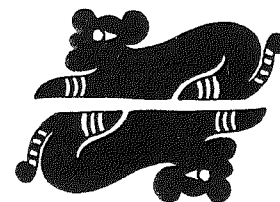


lector-espectador, al reino de El Gran Jaguar o la estrella que aparece cada 152 solsticios. En este reino los pobladores viven, sueñan, construyen, aman, celebran rituales y guerrear, apoyados en sus convicciones. la defensa del territorio será la máxima guerra y producirá las más sangrientas batallas. Invadir el territorio es problema sagrado. La tierra no es sólo espacio físico, sino espacio espiritual que se integra al cosmos. El hombre, en medio de su tierra, de su paisaje, de sus costumbres y creencias, ocupa el centro del mundo y entra en comunicación con lo creado. Recuperar la historia sagrada en la recreación de mito y cultura, supone un acto de toma de conciencia, de penetración y de intuición. Proyecta una cosmovisión. No se trata de utilizar la historia como recurso novelesco, ni de ingresar en ella para juzgarla y pedirle cuentas, ni desde ella explicar el presente, sino, de consignar su existencia. El autor, al proponer el reingreso a los orígenes, a la historia que viene de "los tiempos antiguos", la que "contaron los Padres", según el epígrafe de la novela, utiliza y aprovecha mitos y leyendas propios de los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, crea ficciones novelescas sobre ellos y reinventa la historia. La concepción de tiempo primordial se acentúa en la novela en la imagen genética del agua, principio generador de la humanidad:

Cuando sólo había agua: agua y mucha agua. Y todo era noche porque no existían Surli, el sol; ni Saxa-ti, la luna; ni gente, ni animales, ni plantas. ¡Nada!... Pero el agua ya estaba allí, en todas partes, en el aire, en las nubes y después en el mar, en los ríos, en las lagunas. En ese entonces el mar era La Madre. Ella era pensamiento: era memoria. (p. 27)

El agua, principio de creación y memoria sagrada, aclara en la novela la ubicación del País de los Tairona en la blancura perpetua de la nieve y explica el desenlace final, cuando los héroes Ubatashi-Thor y el Jaguar Negro, antes que ser vencidos, quedan eternamente congelados, integrados al paisaje, en el acto de defender el territorio, uno frente a otro, con sus macanas en alto, apuntándose, mientras el gran cóndor, nambo, vigila en la quietud cristalina de su ser también congelado y el Gran Sacerdote se detiene eternamente, al observar la confusión del firmamento y prefiere formar parte de la Montaña Blanca. Agua, nieve, blancura, constituyen el hilo de la memoria que se levanta para permanecer, siempre el mismo, en el instante primordial. Con la reelaboración del mito y la leyenda, el autor hace vigente la oralidad y su sentido profundo, a través de la escritura que, en los tiempos modernos, se concibe como la manera de consagrar la memoria. El capítulo XXXIII enfatiza el valor de la narración oral que mantiene "con el suspenso de sus palabras la maravillosa atención de los Kuivi, aprendices de sacerdotes" (p. 224). Valderrama al escribir el mundo y la experiencia de vida de los habitantes de la Montaña Blanca, lo hace con la convicción de que la escritura preserva de la disolución de la memoria los hechos que dan sentido al conocimiento de las verdades reveladas e ignoradas en los espacios de la civilización.

4. Espinosa, Germán. *La Tejedora de Coronas*. Bogotá: Editorial Pluma, 1982. P. 308.



Guerras, amores, predicciones

En su rostro afilado y cobrizo, en la piel apergaminada, en los ojos hundidos de pupilas hipnóticas de carbón, Naoma-Kavi refleja la persistencia de sus vigilias para mirar el cielo y consultar las estrellas. (pp. 11-12)

Al reino de El Gran Jaguar ha llegado la hora de la guerra y se interrumpen las horas del amor. Es necesaria la defensa de la tierra. El inmenso País de los Tairona, situado entre la montaña cubierta de nieve, la serranía y la llanura litoraleña, es amenazado por los Caribe y los Ubatashi. Seoname-Maku o Jaguar Negro, es el guerrero tairona elegido para proteger, defender y luchar por la tierra. El, como los de su tribu, ha sido adiestrado en "mirar el cielo y consultar las estrellas". Luchar por la tierra significa salvar el estado originario y afrontar el destino. Seoname-Maku recibe la orden de representar a los tairona de parte del sacerdote mayor, Naoma-Kavi, quien, mensajero de la estrella de El Gran Jaguar, al leer el firmamento, reconoce que debe reconquistarse la autonomía territorial. Los Caribes y los Ubatashis al violar el territorio, ponen en peligro la estabilidad de la tribu. Los primeros son navegantes y temidos guerreros entrenados en sangrientas batallas, adiestrados en escuchar los gritos de

guerra y "el silbido de las flechas al rasgar el aire", están representados por Ulaban. Los otros son gente de ojos azules, rubios y blancos, de andar decidido, que han llegado, como los caribe, atraídos por la inmensidad del territorio, su prometedora fertilidad, el misterio del paisaje y la intensidad amorosa de leales mujeres. Ubatashi-Thor los representa. En el momento en que la Estrella del Gran Jaguar abandona la constelación de los Jaguares, llega la hora de la guerra. Unos y otros se preparan para las tres batallas que se librarán.

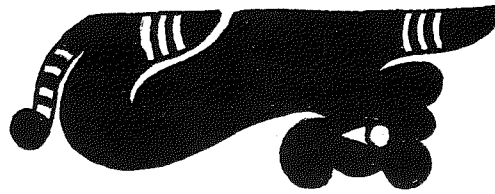
La acción constante de la novela está marcada por la gesta guerrera. Cada héroe es exaltado en su honor, valor y virilidad. La voz que narra va de un héroe a otro: mira, describe su entorno, se sumerge en el personaje y muestra sus emociones. Narra en singular o en plural, en primera, o en tercera persona; entra y sale del personaje, de tal manera que los hechos parecen estar sucediendo en el instante del relato. La alternancia narrativa de episodios tairona, ubatashi o caribe, contribuyen a este dinamismo y producen visión de conjunto, al

enfrentar a las tribus y a los personajes como héroes de su medio. La narración se focaliza semejante a una cámara cinematográfica que detiene la acción en un primer plano, la acelera, la interrumpe en un bando para mirar hacia otro y regresar de nuevo, se interna en la sensibilidad, muestra al hombre que hay en cada héroe y crea todo un espectáculo lleno de vida, acción, dramatismo y poesía. Estamos en el reino de la epopeya, en la gesta guerrera. Se produce un estado de equilibrio en el que no existe la intención de tomar partido por nadie y la ausencia de maniqueísmo permite presentar y penetrar en los actos y gestos de una cultura. Guerreros furiosos, aventureros osados y naturaleza atenta, ocupan igual atención para la voz-cámara que dirige el relato y ordena los hechos.

La hazaña guerrera ha interrumpido y en otros casos aplazado, la intensidad amorosa. Los tres guerreros aman. Seoname-Maku, Ubatashi-Thor y Ulaban, llegan a saber tanto de amor, como de guerra. Así, por ejemplo, Seoname-Maku o Jaguar Negro, convertido por su valor en las luchas contra los enemigos de su tribu, en héroe de la región, celebra rituales amorosos con Ula-Yang. Se funden en estos rituales el erotismo sagrado, el de los cuerpos y el de los corazones. Sus encuentros son de tal intensidad, que el paisaje vibra con las sensaciones físicas y emocionales de la pareja:



Se miran excitados, se dan un último y prolongado beso, se prodigan fugaces caricias, sin soltarse de las manos, aceleran la marcha. Entre las ramas, como una alegre y polícroma despedida, castañuelea con su enorme pico uassal-dei, el yátaro, o repiquetea bin, el pájaro carpintero-penacho rojo. Aquel día y como nunca antes, la vida ha sido para los jóvenes enamorados un portento de sensaciones. (...) Entonces, en forma espontánea, reflejado en los ojos del amor, Seoname-Maku y Ula-Yang se hincan de rodillas y ponen la frente sobre la piedra del piso, en gesto de veneración hacia la Madre Universal. (p. 24)



¡Tú! Que con la pureza de las primeras caricias rescataste mis recuerdos de la infancia. (...) Nostalgias y urgencias compensadas y transformadas por ti, en la medida en que creció nuestro amor y descubrió la felicidad en otra dimensión. No nos importó vernos obligados a mantener oculta y espaciada nuestra pasión. (p. 180)

Nyuba-Aluna pierde el sosiego: “su cuerpo ya no quiere obedecer los mandatos de la razón: el deseo por Ulaban es avasallador, lo dominatodo. Esta es su verdadera felicidad.” (p. 181). Ulaban muere en manos de los arranca-cabezas y el dolor de su amada le hace exclamar que el tiempo ha acabado para ella también.

La Madre Universal ha sido generosa y complaciente con el amor. Las amadas piden en secreto protección para sus hombres, mientras ellos siguen en pos uno del otro, “inmediatos o distantes, enemigos familiarizados: deben verse para estimular su empecinado acoso.” (p. 223)

La obra enmarcada con mapas de épocas distantes: el primero, de 1378 d.C. y el segundo de 1990, encierra dos épocas culturales. De una parte, antes de la historia racional, de otra, la proyección de la racionalidad que se sugiere en último episodio: una vez recuperada la tierra, las mujeres raptadas regresarán y serán purificadas para encontrarse con los hombres de su tribu. En ninguno de los ojos habrá reproche, sólo callada soledad. En la gruta de “cristal de hielo” brilla la escena prodigiosa y épica de los guerreros, uno frente al otro, mientras afuera el gran sacerdote ve la nueva amenaza para las gentes de la Montaña Blanca:

Los nuevos invasores enloquecerán de codicia, borrarán de la memoria y arrancarán del corazón a la Madre Universal, la gran creadora ♦

Los Ubatashi, raptadores de mujeres, aprenden con ellas el don del amor. Ubatashi-Thor y Meli-Ang, hermana de Seoname-Maku, “se acarician, se aman con ternura y pasión desenfrenada” (p. 157), “se contagian entusiasmo, se llenan de esperanzas. Se abrazan de nuevo, se besan, se incendian en caricias” (p. 157), y aunque pertenecen a tribus enemigas, la condición de pareja los une. Cuando Ubatashi-Thor y Seoname-Maku se enfrentan en duelo a muerte, su acción queda eternamente detenida en lo alto de la montaña. Meli-Ang y su hijo podrán verlos. El amor les permitirá evocarlos y verlos en la quietud del cristal: siempre estarán inmortalizados, según dice la leyenda, de la Montaña Blanca.

La historia de amor de Ulaban y Nyuba-Aluna, el Espíritu de Oro, no es menos intensa. Ella es sacerdotisa y aparentemente pertenece a una tribu enemiga. Encuentros eróticos, tan sagrados como conflictivos, acercan a la pareja. Ella le devuelve el néctar de vida y los recuerdos de una infancia perdida. El le permite conocer los colores del amor.



Ilustraciones:

María Isabel Rodríguez, Johanna Barrero.